

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Josué 24, 1-2a.15-17.18b): **Escoged a quién queréis servir.**

Salmo (33, 2-3.16-17.18-19.20-21.22-23): **«Gustad y ved qué bueno es el Señor»**

2ª lectura (Efesios 5, 21-32): **Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano.**

Evangelio (Juan 6, 60-69): **Nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede.**

Hoy la fe está en peligro. Está en peligro, no solo creer o no creer en determinados dogmas, sino la posibilidad misma de creer. Para muchos la fe ya ni siquiera es un problema porque no les interesa, les es indiferente. Es la crisis del cristianismo y de sus mediaciones.

Cada día la fe influye en menor medida en la vida social y cultural y en la vida íntima de las personas; en las preguntas por el sentido de la vida, la búsqueda de la felicidad, en cómo enfocar la vida... Benedicto XVI escribía sobre el riesgo de que «Europa se convierta en un desierto inhóspito para la fe». La crisis religiosa se ha convertido en crisis de la fe y nos afecta personalmente a los creyentes y a las comunidades cristianas. «Un agnóstico que busca puede estar más cerca de Dios que un cristiano que vive su fe con rutina, por tradición o por herencia» señaló el mismo Papa.

La falta de vida que vemos en nuestras comunidades, la tibieza y mediocridad que percibimos en el conjunto eclesial, la incapacidad de comunicar la fe ha de llevarnos a sospechar que, quizás, la crisis nos afecta a todos y que andamos, un poco o un mucho, lejos de la forma de vivir la fe que propone el Evangelio. Tal vez una de las razones sea el haber confundido fe con creencia, haber confundido la fe con esa forma de creer que solo se dirige a la mente y a la aceptación del conjunto de verdades que enseña el catecismo.

Podemos saber muchas cosas sobre Dios, sobre Jesús, pero solo hay eso, no hay más, no hay experiencia. Y es que no es lo mismo saber que creer. Tal vez que, con el paso de los años hemos entrado en “la religión” por la influencia de la herencia, de la tradición y de la cultura, hemos repetido creencias y ritos pero sin personalizar, sin tocar y experimentar la vida que está en la raíz. Todo creyente es un creyente, y un no creyente, alguien que cree pero que le gustaría creer. No somos creyentes de una vez para siempre, la fe es un camino, un proceso.

El discurso dedicado por Juan al «**Pan de vida**» que comenzó con el relato de la «**multiplicación de los Panes**», culmina hoy con una crisis en muchas de las personas que le seguían, en una toma de opciones. Jesús, la semana pasada nos dijo: «**Os aseguro que si no coméis el cuerpo del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida**». Pues bien, ante estas palabras, algunos se echaron atrás y rompieron con Jesús. Entraron en crisis y se marcharon.

«**Comer su cuerpo y beber su sangre**» es un modo de expresar la fe en Jesús, el deseo de identificarse con Él, la opción por colocarlo en el centro de la propia vida. «**Comer su carne y beber su sangre**» significa compartir la vida con Él y su entrega por el Reino. Tal vez no seamos muy conscientes, pero, cada día, en la Eucaristía, comemos el cuerpo y bebemos la sangre de Cristo. Lo hacemos porque queremos comulgar con Él, porque deseamos vivir unidos a Él.

Las personas que entonces se acercaban a Jesús lo hacían por motivos diversos: algunos por curiosidad, atraídos por la novedad de su figura; otros lo hacían movidos por lo bien que muchos hablaban de Él; otros, seguramente se acercaban por interés, al conocer los «**signos**» que hacía; alguna gente llegaba hasta Jesús empujada por el deseo de encontrarse con algo bueno para su vida; y otros, deseaban encontrarse con Dios y, por eso, salían a ver y escuchar a un profeta.

El relato de Juan sigue siendo actual. Lo será siempre. Es el relato de una opción: seguir a Jesús conscientemente, más de cerca o, por el contrario, echarnos para atrás. Coger otro camino. **¿Cuáles son los motivos que nos llevan a cada uno de nosotros hasta Jesús?** Seguramente que también son variados. En algún momento nos hemos de preguntar: **¿y yo, por qué me he acercado a Jesús? ¿Qué busco en Él? ¿Qué he visto en su persona que me atrae? ¿Qué lugar ocupa en mi vida cristiana? ¿Me considero cristiano y cumplo con lo que me enseña la Iglesia? ¿Verdaderamente Jesús es el centro de mi vida?**

Jesús les reveló entonces un secreto y lo hace ahora con nosotros: para tener vida, hay que «**comerle y beberle**». Para poder vivir con Él y como Él, hay que «**comerle y beberle**». Para poder comprender el misterio de su vida y tener fe en Él, hay que «**comerle y beberle**». Dicho con otras palabras: nos vamos haciendo discípulos de Jesús cuando vamos haciendo nuestras sus palabras, cuando le vamos colocando como el guía de nuestra vida, el amigo que siempre nos acompaña, el compañero con el que podemos conversar. Nos vamos haciendo discípulos suyos cuando nos arremangamos para trabajar, como Él, para que este mundo nuestro sea como Dios lo sueña.

Ojalá, cuando lleguen las dificultades y las crisis, podamos decir lo mismo que Pedro: «**Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios**».